

ORGANIZACIÓN DEL FLAMENCO ENTRE LOS EMIGRANTES ANDALUCES. UN EJEMPLO CONCRETO: VÉNISSIEUX

EDELMIRO TORRES IBÁÑEZ

El enfoque que aquí se hace sobre nuestro peculiar arte no pretende demostrar nada ni aportar tampoco datos o argumentos nuevos a todo lo que se ha escrito o dicho sobre el flamenco. Nuestra única intención será la de introducir una reflexión, quizás algo exótica para la mayoría de ustedes, de cómo los españoles, los andaluces en particular, hemos sentido el flamenco viviendo en Francia. Esta reflexión está ligada cronológicamente a los acontecimientos que marcaron nuestra historia reciente; y para mayor claridad en este esquema histórico, la presentaremos en dos partes; la primera, basada en testimonios orales de amigos que hemos conocido: se extiende desde los años treinta hasta el principio de la década de los sesenta. La segunda, desde esa última fecha hasta nuestros días, es el fruto de nuestra propia experiencia personal.

Nos parece útil señalar que en Vénissieux, ciudad de unos 70.000 habitantes en la actualidad, colindante con Lyon y zona industrial de gran importancia, existe una notable minoría española desde la primera guerra mundial (1914-1918). Algunos de aquellos viejos pioneros de la emigración andaluza al país vecino nos hablaban de haber asistido a espectáculos flamencos ofrecidos por grupos llegados de España para recorrer aquellos lugares donde residían los españoles. Generalmente esto era un acontecimiento que marcaba la monótona vida de estas personas sencillas que no tenían más horizonte que los muros de las fábricas bajo aquellos cielos invariablemente lluviosos y tristes ¡España estaba tan lejos entonces!

Con el estallido de nuestra guerra civil en 1936, los emigrados españoles de entonces profundamente republicanos en una inmensa mayoría aportaron su apoyo a la causa de la República; se organizaban fiestas y espectáculos con la participación de cantaores aficionados y alguno que otro profesional para recaudar fondos destinados a la España Republicana.

Terminada la guerra en 1939, el éxodo de parte del ejército republicano hacia Francia vio atravesar los Pirineos a decenas de miles de hombres maltrechos que fueron concentrados por las autoridades francesas en inmensos campos a orillas del mar bajo la custodia de soldados africanos del ejército colonial galo. Excombatientes de la República que hemos conocido y que pasaron meses en algunos de estos lugares siniestros, contaban que no era raro en aquellas largas noches de detención, escuchar saliendo de un anónimo barracón de madera un cante flamenco impresionante e insólito que captaba la atención de todos los que podían escucharlo por estar cerca (fuesen andaluces o no), y más allá de las preocupaciones que cada cual memorizaba para sí mismo, aquella voz establecía un contacto, una corriente comunicativa y desgarradora que ponía lágrimas en los ojos de más de uno. Ya no era una voz desconocida, era el grito colectivo de todos. Si por unos instantes, aquí hoy, hacemos el esfuerzo de imaginar la dramática situación de aquellos hombres (algunos con menos de veinte años), arrancados de sus pueblos, de sus familias, de su entorno, derrotados, cansados y humillados, a veces hambrientos, habiéndolo perdido todo, excepto la vida, si hacemos ese esfuerzo, repito, no nos será difícil sacar la conclusión de que jamás un cante flamenco, incluso mal dicho por un cantaor a quien nadie aplaudiría ni llamaría artista, nunca un cante alcanzaría tanta autenticidad y tanta grandeza.

La década de los cuarenta marcada por las convulsiones bélicas que sacuden Europa, no será propicia a ningún tipo de intercambio o difusión cultural. Terminada la guerra a partir de 1945, los españoles en Francia, debiendo guardar cierta neutralidad política ante las autoridades del país, intentan con el apoyo de la izquierda francesa organizarse clandestinamente en vista al regreso de la república en España. Recordaremos que miles de españoles participaron en la lucha contra la invasión nazi. La reorganización de los partidos o movimientos de matiz republicano en Francia que jugarán tan importante papel en la transición política española a la muerte de Franco, no hubiera podido llevarse a cabo en las mismas condiciones sin la participación de una mayoría de españoles residente en el vecino país. La estrategia es simple y eficaz. En nombre de asociaciones francesas o llamadas franco-españolas, se organizan festejos que tienen como objetivo aglutinar a los españoles en estos actos político-cultural-

les. La participación artística totalmente altruista es el hecho casi siempre de mujeres y hombres andaluces en donde no faltan cantaores y guitarristas flamencos aficionados salidos de la propia emigración. Esta situación irá ampliándose a lo largo de los años 60, facilitada de una parte por un mayor liberalismo de las autoridades francesas hacia los extranjeros, y desde luego por la llegada masiva de cientos de miles de españoles, en lo que se llamó la emigración económica.

Como hemos visto y aquí terminaré esta primera parte, el flamenco está presente en Francia a lo largo de todo el período que se extiende desde Primo de Rivera, fin de la Monarquía, República y Guerra de España y época franquista. El flamenco tiene un papel muy notable y se utiliza como reclamo popular al servicio de unos ideales bien determinados anclados en la legalidad democrática y la justicia social.

No deja de ser paradójico que para muchos de los precursores del ideal democrático en España, herederos del pragmatismo progresista e ilustrado francés, el flamenco era algo muy poco considerado, casi despreciado. O quizás habría que atribuir esta actitud al viejo reflejo castellano que consiste según Machado en despreciar cuanto se ignora.

Hacia el final de los años 70 se estima que la población de origen español en Francia sobrepasa el millón de personas y sin mucho riesgo de error, podemos decir que entre un tercio y un cuarto de ese millón de personas han nacido en Andalucía o de padres andaluces. Si tenemos en cuenta que la inmensa mayoría de los españoles se fijaron en unas cuantas zonas geográficas limitadas, concluiremos que inevitablemente el arte flamenco encontraría aquí terreno de expansión y caldo de cultivo. Terreno de expansión porque el flamenco aparece como lo que mejor se identifica con el sentimiento andaluz, con el ser andaluz. Y para la gente de esta tierra en el exilio, identificarse con algo tan extraordinario y tan original como el flamenco es una necesidad vital. Caldo de cultivo también porque no se trata solamente para los andaluces de seguir siéndolo fuera de Andalucía, el flamenco hay que transmitirlo a las nuevas generaciones como herencia cultural, como patrimonio del pueblo andaluz. Los andaluces nos fuimos a Francia con un chorizo en la maleta y con el cante en las tripas.

Hecho este paréntesis, es muy fácil comprender para todos porqué los andaluces viven fuera de Andalucía el flamenco con más pasión, con más intensidad, con más sentimiento. Es como un lazo permanente que les une con la tierra natal y ese lazo hay que fortalecerlo con su propio entusiasmo.

Cuando aparece el movimiento asociativo español en Francia, o mejor dicho, cuando ese movimiento coge la considerable amplitud que alcanzará en los años 80, se multiplican las fiestas flamencas, tanto con artistas profesionales, como con los que van saliendo de la propia emigración. En muchos de estos centros culturales españoles, lo relacionado con Andalucía y el flamenco en particular ocupará un lugar destacado en las actividades recreativas y culturales. Las clases de guitarra y baile flamenco florecen en muchas asociaciones y serán de alguna manera el reclamo español de la asociación; lo más distintivo.

Nuestro centro, el Hogar Español Cultural y Recreativo de Vénissieux, del que tengo la satisfacción de ser uno de los miembros fundadores y de desempeñar durante varios años las responsabilidades de la presidencia, es, o por lo menos lo fue, bastante representativo de la emigración española en su diversificación. Diferentes regiones de origen, edades comprendidas entre la emigración del 39 (política) y del 60 (económica). A pesar de esta heterogeneidad, y desde un principio, lo andaluz se impondrá por razones ya señalada (tipificación de lo andaluz como lo español, importante número de andaluces), pero también por la pugna y capacidad que los andaluces hemos sabido demostrar al servicio de nuestras cosas.

Muchas veces se nos ha reprochado de casi monopolizar las actividades culturales en torno a temas andaluces en menosprecio del resto de España. Salvando estas dificultades y después de iniciar las clases de guitarra y de baile, llegamos a la conclusión de que para estimular a los alumnos de estas clases y para darle prestigio al centro español había que organizar anualmente un buen festival flamenco, del mismo nivel que los que podíamos ver en Andalucía durante nuestras vacaciones. Teniendo en cuenta que nuestro público potencial no estaba muy iniciado y que este público se repartía en tres grupos marcando cada uno sus preferencias por una u otra de las expresiones del flamenco, para que gustase a todo el grupo artístico, debía componerse de por lo menos un cantaoor muy conocido (el cante gusta a los hombres ya adultos), de un guitarrista de prestigio (la guitarra tiene su preferencia entre los jóvenes) y de una o dos bailaoras (lo que asegura la asistencia del público femenino). Un ejemplo tipo de estos grupos fue: al cante, Naranjito de Triana y Jiménez Rejano, a la guitarra Manolo Franco, al baile Carmen Ledesma y su cuadro. Otro ejemplo: al cante, Diego Clavel y Juan Casillas, a la guitarra José Luis Postigo, al baile María del Mar Berlanga y su cuadro. También; al cante Luis de Córdoba y Chano Lobato, a la guitarra Merengue de Córdoba, al baile Concha Calero. Estos festivales flamencos se celebraron sin interrupción durante 7 u 8 años con gran éxito de público y enorme expectativa por parte de

toda la afición de la región de Lyon. Creo que se consiguieron varios objetivos: proponer al público de esta zona, buena parte de los artistas consagrados del flamenco actual. Atraer hacia el flamenco a un nuevo público más joven y más culto, también a varios no andaluces que descubrieron un flamenco con dignidad, que desconocían por completo.

Otro de los objetivos que creo conseguidos también fue el introducir aquellos recitales por la puerta grande, en la programación cultural que el ayuntamiento de Vénissieux ofrecía oficialmente, lo que no es poca cosa conociendo la cautela y seriedad con la que tratan estas cosas.

De año en año, el número de público francés aumentaba, estudiantes, intelectuales sobre todo, demostrando cuando uno hablaba con ellos tener muy buenos conocimientos sobre flamenco, guitarra y cante particularmente.

Desgraciadamente el costo de estos festivales no ha cesado de aumentar, los ingresos llegando a un tope, el déficit soportado por la organización se hacía incompatible con nuestros presupuestos. Esto trajo discrepancias en el seno de la organización española. Algunos responsables han optado por salir del paso contratando a grupos más o menos profesionales y poco conocidos con tal de reducir los gastos; una solución incómoda y poco realista de cara a un público cada vez más exigente en lo que a calidad se refiere.

En lo que concierne las clases de guitarra y baile y con ello terminaré mi exposición, nuestro centro español de Vénissieux tuvo la suerte de contar con dos bailaoras, dos hermanas granaínas de poca edad, pero con mucho arte, que desde un principio dieron un formidable impulso al baile flamenco. Para la guitarra contábamos con la colaboración de un muchacho malagueño que estudiaba medicina en la facultad de Lyon, excelente guitarrista de la escuela moderna. Hoy ejerce su profesión de médico en su Málaga natal y supongo que sigue siendo también un notable guitarrista. Y el verdadero motor de esta escuela de flamenco fue otro andaluz, cordobés de origen y electricista de oficio; cantaor, tocaor, humorista, animador, desbordante de entusiasmo en todo lo que hace y que supo despertar entre los jóvenes el gusanillo por el flamenco. Dio el impulso de salida al grupo flamenco Los Andaluces, que lleva más de quince años de actividad, en donde Norberto colaboró antes de venirse a España. De este vivero flamenco salieron destacados guitarristas aficionados de primer orden, algunas jóvenes bailaoras como la niña que ganó el año pasado el primer premio de baile en el concurso internacional de Nîmes, Sabrina Romero, y en el cante dos chavales (uno de ellos gitano) magníficos seguidores de Camarón.

Como conclusión a este modesto trabajo e independientemente de cómo lo juzguen ustedes, agregaré que ha sido para mí una gran satisfacción poder hablarles de nuestra experiencia (la de los andaluces en el extranjero) con el flamenco. Si hemos batallado con pocos medios en defensa de uno de los más destacados puntales de nuestra cultura popular, y lo hemos hecho a sabiendas que lo que había que defender era lo auténtico y no ese falso folclorismo para turistas necios que tan de moda se puso en España. Nosotros, los emigrantes, como se nos llamó en su tiempo, también fuimos de alguna manera los parias de la sociedad, ya que esa sociedad con su intolerancia no permitía que se pensara de manera diferente, ya fuese porque esa sociedad no fue capaz o no quiso darnos cultura y trabajo, es decir de vivir en la tierra de nuestros padres.

Si el flamenco en su origen, como tanto se ha repetido, fue cosa de marginales, de gente pobre perseguida, nosotros lo fuimos también, luego el flamenco era algo nuestro y teníamos razones para defenderlo.

Participar en este primer congreso sobre cantes mineros en esta tierra nuestra de vega y de minas también me da la impresión que es algo natural, legítimo podría añadir. Soy nieto de minero muerto en las minas en algún punto de Sierra Cabrera y nieto e hijo de campesinos sin tierra, sufridos trabajadores de la vega del Andarax, de aquellos que ya cantaron flamenco cuando llevaban la yunta o guardaban las cabrillas.

Y una última palabra como agradecimiento a todos mis compañeros allá en Francia que tanto trabajaron por el flamenco y por la difusión de la cultura española.